

medios fundados en la justicia distributiva y que, lejos de ser onerosos al pueblo, tiendan todos á aliviar á los contribuyentes menos acomodados.

»Esto es lo que hará ver la lectura de las *Memorias* dadas para las dos divisiones del plan general, y es también lo que manifestarán igualmente aquellas que deben seguir. Por ellas se reconocerá que los proyectos adoptados por S. M. son los que la opinión pública ha sancionado hace mucho tiempo.

»En suma, el resultado de los medios propuestos ha de ser que, en fin, el nivel existirá entre los ingresos y los gastos, y que al mismo tiempo habrán treinta millones de alivio para el pueblo, sin comprender la supresión del tercer vigésimo.

»¿Qué dificultades pueden entrar en balanza con tales ventajas? ¿Se pagará más?... sin duda, ¿pero quién? aquellos que no pagan lo que deben; estos pagarán, pues, lo que deben según una justa proporción y nadie será gravado. ¿Se sacrificarán privilegios! sí, la justicia lo quiere, la necesidad lo exige; ¿valdrá más sobrecargar aún los no privilegiados, el pueblo? Habrá grandes reclamaciones... hay que esperarlas. ¿Puede hacerse el bien general sin inquietar los intereses particulares? ¿Qué reforma no motiva quejas? Pero ¡y la voz del patriotismo!... ¡Y el sentimiento debido al soberano que concierta con la nación los medios de asegurar la tranquilidad pública!... ¡Y el honor! ¡El honor, tan poderoso en el corazón de los franceses!... ¿Puede dudarse de que no se sobreponga al fin á toda otra consideración?

»Ya los primeros órdenes del Estado han reconocido que la contribución territorial ha de extenderse sobre todas las tierras, sin excepción alguna, y en proporción de sus productos. Ya han ofrecido sacrificar para aliviar al pueblo excepciones personales, que el rey había encontrado justo concederles. Ya la Asamblea ha dado rienda á su reconocimiento por las ideas anunciadas por S. M.

»Error y no pequeño sería creer que dudas racio-

nales, observaciones dictadas por el celo, expresiones de una noble franqueza lo sean de una malévolos oposición; sería hacer injuria á la nación y desconocerla, no estar seguros de que su voto conspirará con el de un rey que ama y á quien ve animado del solo deseo de hacer felices á sus pueblos.»

Creemos que bastan estos párrafos para explicar la indignación de los privilegiados por una alocución verdaderamente revolucionaria, puesto que no tendía mas que á levantar las pasiones populares, al quieto y pacífico Tercer estado contra la nobleza y el clero. Y sin embargo, los únicos que alborotan, los únicos que se agitan son los privilegiados. El pueblo permanece indiferente. Mas aún; los que toman su nombre lo hacen para aumentar la oposición que se hace al ministro. Carra, el futuro redactor de los *Anales patrióticos*, escribe un folleto para decir á los notables: «Que es ultrajar á la nación proponerle, en ausencia de los *Estados generales*, hijos de su constitución, consentir en refundir esta constitución en Asambleas provinciales, cuya verdadera cualidad sería la de cajas de préstamos á merced del contralor general.» Linguet, el violento polemista del siglo XVIII que había de pagar en el cadalso de la revolución su manía de hacer la oposición, el autor del libro más leído en los últimos años del siglo pasado, sus *Memorias* sobre la Bastilla en donde estuvo dos años encerrado, Linguet pidió también la reunión de los *Estados generales*. Pero eran voces aisladas que caso de resonar no lo hacían sino en el profundo del corazón humano. La nación, el pueblo, contemplaba ansioso pero tranquilo el desafío.

Esto era así, porque nadie confiaba en el carácter y entereza del rey. Se le había visto ya querer el bien con Turgot y Necker. Ahora lo quería con Calonne, ¿persistirá? ¿No veremos de pronto sacrificado á Calonne, y al rey inaugurar un periodo de reacción análogos á los que sucedieron á la caída de sus dos grandes hacendistas?



CAPITULO IX

CAÍDA DE CALONNE

Quienes eran los enemigos de Calonne.—Intrigas cortesanas.—Las camarillas.—Deslealtad de sus colegas: actitud de Miromesnil y Breteuil.—Destitución de Miromesnil.—Lamoignon es nombrado guarda sellos.—Calonne pide la destitución de Breteuil.—La reina se opone.—Actitud del rey.—Destitución de Calonne.—Manejos del arzobispo de Tolosa.—Notas confidenciales que envía al rey.—Memoria anónima que envía á los notables.—María Antonieta y el ministro de Estado.—Triunfo de la reina.—Su política.—Nombramiento de Fourquex.—Su significación.—Sorpresa del ministro de Estado.—Indica á Necker.—Se niega nuevamente el rey á su nombramiento.—Duplicidad de los reyes.—Niégase Milière á aceptar la cartera de Hacienda.—Situación de Calonne destituido.—Perfidia del rey.—Cómo se le destierra á Lorena.—Chérest y Calonne.—Trascendencia de la caída de Calonne.—Actitud de Necker; la *Memoria justificativa*.—Destierro de Necker.—Manifestación de simpatía de que es objeto.—Luís XVI acentúa su gobierno personal.—Se presenta á los notables.—Acogida que le dispensan.—Imprudentes demostraciones de alegría de la reina.—Discurso del rey.—Sus declaraciones.—Imprudente discurso de Lamoignon.—Actitud y propósitos de Lafayette.—Los *Insurgentes*.—Cómo el arzobispo prepara su advenimiento al poder.—Cómo fué nombrado el arzobispo.—Relación de Montmorin.



EMOS querido con la publicación de los principales párrafos del proemio de la *Advertencia*, hacer lo más simpático posible á Luís XVI para que no se nos acusase de rebajarle en obsequio de la Revolución que merece todas nuestra simpatías. Hemos querido poner de relieve todas sus buenas intenciones, para que «el rey mártir» no se pueda quejar de la justicia póstuma, ya que tuvo que lamentarse de la de sus contemporáneos, si ahora explicamos con algún detalle la caída de Calonne, no es para hacer resaltar su ingratitude ó su incapacidad política, sino para fijar bien los caracteres, para determinar con toda claridad y precisión las grandes responsabilidades que desde el primer momento de la revolución se presentan como exigiendo ellas mismas su pena.

Fieles á nuestro sistema de ir á buscar la verdad en donde se encuentre, será Amado Chérest quien

nos dará la relación de la caída de Calonne y advenimiento de Lomenie de Brienne.

Tres candidaturas, dice, y por consiguiente, tres focos de intrigas amenazaban á Calonne. La candidatura de Necker sostenida por la señora de Beauveau; la de Brienne sostenida por la reina y el barón de Breteuil, la de un hombre menos conocido, Le Camús de Neville, intendente de Guyena, hechura y protegido de Miromesnil. Entre los adversarios encarnizados de la ruina de Calonne habían dos colegas suyos, el guarda-sellos y el ministro de la Casa real.

El guarda-sellos, Hue de Miromesnil, había siempre detestado las reformas y los reformadores. Así no hacía más que sostener contra Calonne la lucha obstinada que ya en otro tiempo había sostenido contra Turgot. Su primera campaña había por

desgracia tenido sobrado buen éxito; así esperaba confiado ganar con no menor éxito la segunda, y para ponerse en el caso de aprovecharse de ella mejor, tenía de reserva un candidato de su elección, para el puesto de contralor general. Lo que le inspiraba tanta confianza en el resultado de sus esfuerzos, era que estaba asegurado del concurso de toda la alta magistratura. Desde el principio de la Asamblea de los Notables, reunía cada tarde á los parlamentarios que formaban parte de dicha Asamblea, y preferentemente á sus presidentes, con quienes combinaba los medios de desbaratar los planes de sus colegas. Los presidentes se encargaban luego de transmitir á su adláteres el santo y seña convenido. Nadie en Versalles ignoraba tales cosas; pero Calonne no queriendo que quedara en el ánimo del rey duda alguna, le suplicó que pidiese á correos un extracto de la correspondencia de los presidentes. Era este un medio de los que Luis XVI gustaba emplear. Así encontró manifiesta la prueba de que el guarda-sellos, no retrocedía delante medio alguno, con tal de hacer fracasar los proyectos aprobados por él mismo en el seno del Consejo, y que la sola aprobación del rey habían de hacerle respetables. Su desgracia se ordenó sobre la marcha. Calonne obtuvo otra satisfacción. Consultado sobre la elección de un nuevo guarda-sellos, se apresuró á designar á Lamoignon, cuya adhesión le ofrecía serias garantías.

Desembarazado ya de Miromesnil, emprendió la tarea de acabar con Breteuil. El rey en apariencia acababa de darle un doble testimonio de simpatía, sacrificándole un colega sospechoso de hostilidades desleales. ¿Por qué, pues, no castigar con Miromesnil, á Breteuil, culpable de los mismos manejos? Entregado á sus propias inspiraciones, Luis XVI habría consentido en ello, pero quiso reflexionar, consultar á la reina, y el despedido no fué Breteuil, sino Calonne, de suerte que en los diarios de la época se pudieron leer esas dos noticias contradictorias, insertadas una á continuación de la otra:—«Domingo 8 de Abril, el rey, en vista de la dimisión de monseñor Hue Miromesnil, guarda-sellos de Francia, ha nombrado para reemplazarle á monseñor Cristiano-Francisco Lamoignon, presidente á *mortier* del Parlamento de París, uno de los notables...» Al día siguiente, «en vista de la dimisión del señor de Calonne, S. M. ha nombrado contralor general al señor Miguel Bouvard de Fourquex, consejero de Estado ordinario y también uno de los notables convocados.»

Por acostumbrados que estuvieran los contempo-

ráneos á las crisis ministeriales, no podían ahora creer ni en lo que sus ojos veían, ni en lo que sus oídos oían. Los mismos cortesanos que de más cerca habían seguido las fases de esas mutaciones, se perdían en conjeturas. ¿Estamos nosotros hoy mejor informados que ellos? La insuficiencia aún hoy de noticias, nos obliga á contentarnos con breves detalles, elegidos con prudencia, no diré entre los más seguros, sino entre los más probables.

Calonne se había equivocado, cuando creyó ver en el castigo de Miromesnil un triunfo personal, una señal de favor que le prometía nuevas ventajas. La decisión de Luis XVI probaba tan solo que ese príncipe continuaba adicto á los planes que se había apropiado con su adhesión y de los cuales quería continuar su ejecución. Si cae sobre Miromesnil es que ha considerado las maniobras del guarda-sellos dirigidas más bien contra las reformas que contra el reformador; y no ha querido sufrir que sus propios deseos fuesen combatidos por uno de sus ministros. De la misma manera si ha tomado á Lamoignon de las manos de Calonne, ha sido á fin de asegurarse de que el recién llegado no participará de las repugnancias de su predecesor. Pero desde hacía ya algún tiempo, Luis XVI había contraído la costumbre de distinguir entre la persona y los proyectos del contralor general. Escuchaba atentamente los clamores que reprochaban á Calonne, su conducta agresiva enfrente de los notables, ó que incriminaban los desórdenes de su antigua administración. Advertido de esta tendencia Brienne, supo explotarla con suma habilidad. No se limitó á hacer circular entre los miembros de la Asamblea una memoria curiosísima, en la cual denunciaba las dilapidaciones y depredaciones de su rival, sino que encontró medio de poner en manos de Luis XVI notas confidenciales, inspiradas en el mismo espíritu, y conformes á la misma táctica. Así, lejos de atacar los planes que tan á pecho estimaba el rey, reconocía su mérito y se declaraba dispuesto á seguirlos. Sólo insistía en las faltas personales de Calonne y dejaba adivinar que una pronta desgracia era el solo medio de obtener una solución favorable. Preparado de esta suerte el terreno, se facilitaba la defensa de Breteuil. Este también criticaba los proyectos aprobados por su señor, pero solo entendía acusar á un colega indigno cuya continuación en el poder era contraria al bien público. Auxilios y apoyos no habían, pues, de faltarle nunca.

Jamás había perdonado la reina su elevación á Calonne. Jamás había renunciado á llevar á Brienne al poder. Además de su afición por Breteuil, tenía

un doble motivo para intervenir y apoderarse de la ocasión con una rara destreza. Había, por otra parte, en negocios extranjeros, en lugar de Vergennes, un nuevo ministro que, sin mezclarse en intriga alguna, seguía con dolor los progresos de la efervescencia general, y deseaba secretamente la vuelta de Necker, á quien estimaba mucho sin conocerle. Montmorin se encargó de aleccionar á María Antonieta. Así, le expuso «que el ministro que acaba de excitar tantos sentimientos no podía restablecer los negocios; que el mismo éxito de sus proyectos, si se juzgaban útiles, exigían su retirada, y que no había peligro que no se hubiera de temer con su presencia.» En boca de la reina esos argumentos afectaron al rey, de quien alentaban las preconcebidas disposiciones; y hé aquí como la caída de Calonne siguió de muy cerca á la de Miromesnil.

A pesar de este primer triunfo, la reina se guardó muy bien de descubrir todas sus baterías. Satisfecha con haber perdido á Calonne, no intentó siquiera conquistar inmediatamente para su protegido el punto que quedaba vacante. El espíritu del rey no estaba bastante dispuesto en favor de Brienne; la oposición de los neckerianos era aún muy temible. Se buscó un hombre insignificante, que consintiera en aceptar provisionalmente el título, y que no deseara otra cosa que dimitir sus funciones de contralor general tan pronto fuera llegada la ocasión de una combinación definitiva. De aquí la elección de Fourquex. «Jamás peluca de consejero de Estado,—decía bromeando la señora de Staël,—ha cubierto más pobre cabeza.»

Los que no conocían el secreto de la comedia, no pudieron contener un grito de sorpresa, y parece que Montmorin mismo no estaba entre los iniciados, si se juzga por los curiosos detalles que á este propósito cuenta. «Cuando el rey me encargó,—dijo,—de su carta para el señor Fourquex, creí deber advertirle que encontraba demasiado pesada la carga para las fuerzas de ese buen magistrado. El rey pareció sentir que mis inquietudes eran bastante fundadas.—¿Pero á quién pues tomar?—me dijo. Yo le respondí que me era imposible dejar de sorprenderme á una tal cuestión, mientras existiera un hombre que reunía los votos de todo el público... Y añadía que, mientras Necker existiera, era imposible que hubiera otro ministro de Hacienda, porque el público vería siempre con malos ojos y con disgusto que otro que él ocupara dicho puesto. El rey convino acerca de los talentos de Necker, pero me objetó los defectos de su carácter; y fácilmente reconocí las impresiones que habían dado contra él el

señor Maurepas en un principio, y que los señores de Vergennes, de Calonne, de Miromesnil y de Breteuil, habían grabado más profundamente. Yo no conocía personalmente al señor Necker; así no podía oponer mas que dudas á lo que el rey decía respecto de su carácter, de su altería y de su espíritu de dominación... Un poco de timidez, y la falta de energía, me impidió ser todo lo expresivo que hubiese debido serlo... Fue necesario ir á poner la carta del rey en manos del señor Fourquex y hasta tener que vencer su resistencia: tal era la orden positiva que se me había dado. Sin embargo, es cierto que se había ofrecido el puesto al señor de la Millière; la reina le hizo venir; el rey se hallaba con ella á la hora á que se le había citado, y los dos le rogaron que aceptase; pero el tuvo sobrado buen sentido para no ceder á sus instancias. El señor de Fourquex fué en un principio bastante difícil, pero, en fin, se determinó. Apenas ocupó su puesto, acreditó la opinión modesta que de sí mismo tenía.»

Sin embargo, Luis XVI, al separarse de Calonne, no le manifestó signo alguno de descontento. Por lo contrario, le rogó que permaneciera en Versalles, como de costumbre, ó en París, en el Control general, y que trabajase en la redacción de las *Memorias* relativas á la cuarta división de su trabajo; *Memorias* que aún no estaban prontas y que se trataban de presentar lo más pronto posible á los notables. Esta insólita medida, unida á la notoria incapacidad de Fourquex, hizo creer en algún secreto designio. Todo el mundo creyó que la destitución de Calonne no era mas que una satisfacción aparente, concedida al furor de los notables, y que continuaría dirigiendo la Hacienda por bajo cuerda hasta la clausura de la Asamblea, y que luego volvería á tomar el título, confiado temporalmente á un hombre de paja. El error público no tardó en disiparse.

Muy pronto el rey, sin dar á Calonne una orden positiva de destierro, le hizo aconsejar que se marchara á sus tierras de Gamonville en Lorena. Vese, pues, que no bastaba á sus implacables enemigos una dudosa desgracia. ¿Fue Fourquex ó Breteuil quien se encargó de darle el golpe de gracia, tomando al lado del rey la iniciativa de una última denuncia? Poco importa. Esta vez quedó la carrera de Calonne irrevocablemente destruida.

Tal vez la historia muestre por él un día menos de rigor del que hasta el presente ha desplegado. Ha tenido el singular destino de merecer la reprobación de los partidarios del antiguo régimen, y de no recoger la menor simpatía entre los partidarios de la